

El Padre y el Hijo le hablan, adquiere un conocimiento nuevo del Espíritu Santo. Manda pintar las tres figuras por separado para rezar desde ellas: El Espíritu en forma de mancebo rodeado de llamas (todas perdidas). También manda pintar la Virgen que ve en su interior muy parecida a la de un cuadro que le había regalado una condesa, punto de apoyo para la oración a María (monasterio de san José). Por fin, comprende a Juan evangelista: las tres Personas vendrían a morar en el alma. Recibe la comunión de manos de san Juan de la Cruz y escucha que ya es esposa de Cristo (1572; tenía 57 años). Ya está casada, consumado el matrimonio, el Esposo la ha llevado a vivir a su casa que es su propia alma.

Lejos de permanecer inactiva (falsa imagen de la mística teresiana) está volcada en la acción. El encuentro con el resucitado pide obras, obras, obras, como los apóstoles, como las primeras mujeres testigos de la tumba vacía, como los mártires. Escribe cientos de cartas (la mayor parte perdidas), las páginas más sublimes del *Castillo*, muchas anotaciones íntimas (*Relaciones*), escribe el libro de las *Fundaciones*, para disfrutar de una santa en acción, manual del cooperador de Cristo donde se conjugan magistrales doctrinas con compras de casas, desencuentros con personas, cosas materiales y místicas juntas. Funda monasterios de manera incansable, vislumbra la posibilidad de evangelizar en África y América. Marta y María caminan juntas, se acaban los dualismos. Toda su vida es acción y oración. Ella es acción, la misma, oración.

Se da en ella la paradoja de malvivir de joven y vivir al máximo de mayor. Llena de achaques en su juventud, el encuentro con el Amado la transforma. Algunos males perseveran, pero es tan fuerte el amor que no puede estar quieta. Y todo ello con una paz que nace del centro, morada del rey a quien está unido en *continuanza*. Fuera del castillo puede haber guerras, la paz desde el centro no se la quita nadie. Se ve como una María Magdalena, una *pobre miserable* salvada por el Amado. Está viviendo su bautismo a tope y quisiera *allegar* muchas almas a esta historia de amor y libertad (*señorío*, le llamará). Vive de modo permanente en presencia de las *tres Personas y la Humanidad*, escribirá poco antes de morir (lo hace en 1581 muriendo en 1582; cf. *Relación* 6). Al final de su vida la Humanidad de Cristo, configuración con el Esposo.

Leamos, sin miedo, las séptimas moradas y deseemos vivirlas para ser útiles a la Iglesia y la sociedad. Presentaremos una breve guía de lectura. El capítulo primero explica cómo antes de la consumación del matrimonio, quiere Jesucristo presentar a la familia (perdón por la expresión), es decir la Trinidad. Lo hace en el otro cielo, el centro del alma. La mete en su morada para que descubra por experiencia que las tres Personas son una sustancia y un poder y un saber y un solo Dios viendo cumplido el evangelio: *vendría Él y el Padre y el Espíritu Santo a morar con el alma que le ama y guarda sus mandamientos* (Jn 14,23). Dios uno y trino dan vida al alma desde la habitación principal.

El matrimonio con Cristo se consuma en el capítulo segundo: A otras personas será por otra forma; a ésta de quien hablamos se le representó el Señor, acabando de comulgar, con forma de gran resplandor y hermosura y majestad, como después de resucitado, y le dijo que ya era tiempo de que sus cosas tomase ella por suyas, y él

tendría cuidado de las suyas, y otras palabras que son más para sentir que para decir. (Moradas 7.2.1). Ya no se pueden separar, ya hay más seguridad (no toda) de que nada ni nadie dividirá lo unido, prenda del cielo o consumación total. Se vive lo que dijo Jesús al despedirse: «que sean uno como nosotros somos uno: yo en ellos y tú en mí» (Jn 17,23). Máxima unidad en la diferencia, yo en ti y tú en mí, culmen tere-siano. Nuestras cosas son del Señor, Él se preocupa de todo; las nuestras son las suyas. Es decir, hacer realidad la salvación que Él aportó por la cruz y resurrección. Total despreocupación de mis asuntos, el Esposo se encarga de ellos, total preocupación por su único asunto: allegar almas a Dios. De ahí nace la paz inmensa como la que dió a los apóstoles al resucitar. Resuena el eco del *Cantar* tan querido a Teresa: mi Amada para mí, yo para mi Amado.

El capítulo tercero explicará los *efectos* que el matrimonio produce: la mariposilla blanca ha encontrado reposo y trastocado la persona: vive en el olvido de sí al pasar del narcisismo a la proexistencia; un deseo de padecer grande sin que nada la inquiete, le da igual que hablen mal; enorme deseo de servir a Jesucristo; ningún miedo a la muerte; *desasimiento* grande de todo; memoria y ternura continua del Señor; casi nunca hay sequedad; todo pasa en silencio, sin ruido, un gozo sereno; desaparecen los fenómenos paranormales y algunos *arrobamientos* y *vuelos de espíritu* que tenía en público.

Todo el itinerario tiene una finalidad: la acción para ayudar al crucificado. Poned los ojos en el crucificado para imitarle en el mucho padecer (capítulo cuarto de las séptimas): *Poned los ojos en el Crucificado y haráseos todo poco. Si Su Majestad nos mostró el amor con tan espantables obras y tormentos, ¿cómo queréis contentarle con sólo palabras? ¿Sabéis qué es ser espirituales de veras? Hacerse esclavos de Dios, a quien, señalados con su hierro que es el de la cruz, porque ya ellos le han dado su libertad, los pueda vender por esclavos de todo el mundo, como él lo fue; que no les hace ningún agravio ni pequeña merced. Y si a esto no se determinan, no hayan miedo que aprovechen mucho, porque todo este edificio —como he dicho— es su cimiento humildad; y si no hay ésta muy de veras, aun por vuestro bien no quedará el Señor subirle muy alto, porque no dé todo en el suelo.* (Moradas 7.4.8). Ha quedado hecha eucaristía, ofrenda permanente.

Ahora se entiende la primera morada: Estamos creados a imagen de Cristo muerto y resucitado. Somos un icono de Dios, un bello retrato sacado al vivo en Cristo. Si nos dejamos encontrar por Él, nos conocemos del todo al vernos retratados. Lo explica la mejor poesía de la santa, única en que Cristo se dirige a ella. Para aprender de memoria, se convierte en la mejor oración contra la depresión:

Alma, buscarte has en Mí

Alma, buscarte has en Mí,
y a Mí buscarme has en ti.

De tal suerte pudo amor,
alma, en mí te retratar,

que ningún sabio pintor
supiera con tal primor
tal imagen estampar.

Fuiste por amor criada
hermosa, bella, y así
en mis entrañas pintada,
si te perdieres, mi amada,
Alma, buscarte has en Mí.

Que yo sé que te hallarás
en mi pecho retratada,
y tan al vivo sacada,
que si te ves te holgarás,
viéndote tan bien pintada.

Y si acaso no supieres
dónde me hallarás a Mí,
No andes de aquí para allí,
sino, si hallarme quisieres,
a Mí buscarme has en ti.

Porque tú eres mi aposento,
eres mi casa y morada,
y así llamo en cualquier tiempo,
si hallo en tu pensamiento
estar la puerta cerrada.

Fuera de ti no hay buscarme,
porque para hallarme a Mí,
basta sólo llamarme,
que a ti iré sin tardarme
y a Mí buscarme has en ti.

Octavas moradas: de la navidad resucitada

Quien aquí llegare memorice los siete pasos, pasee con holgura por las siete moradas, visite habitaciones no descritas, advierta que puede avanzar y retroceder y sepa que sólo pasará de una morada a otra cuando todos los aspectos de cada paso se hayan convertido en experiencia reiteradamente vivida. Crea quien aquí llegare de la mano de Jesucristo, no haber hecho otra cosa que prepararse para vivir con plenitud el bautismo. Siendo el sacramento primero de la iniciación cristiana, contiene en germen lo esencial de la vida cristiana, dado por pura iniciativa amorosa de Dios, aunque con demasiada frecuencia el agua no traspase la epidermis, dejando el cristianismo al cultivo de ideólogos y huérfano de siervos del amor, para recelo de increyentes.

Nos queda la vida para configurarnos con Cristo. A-Dios.

La pastora rural: una asignatura pendiente

Rev. Aragon. Teol. 9 (1999)

Jesús Jaime Navarro

La apertura de la sociedad rural hacia el exterior ha llevado a creer a algunos que nos encontrábamos ante la disolución de la sociedad rural y su integración en las formas de vida urbana. Si nos fijamos en las apariencias externas relativas al trabajo, la diversión, el equipamiento de la vivienda, el vestido, las compras, etc, no se puede negar que se está produciendo una cierta homogeneización con lo urbano favorecida por la radio, la televisión y los grandes almacenes. Cuando se observa los jóvenes de los pueblos en su forma de vestir, en sus gustos musicales, en sus movidas de fin de semana..., apenas se encuentran diferencias con los jóvenes de los barrios de las grandes ciudades, fuera de su adscripción a alguno de los modelos juveniles: rockers, pijos, heavys, punkies, ... La presencia de los medios de comunicación en todos los hogares y en todos los lugares, hace que los valores y pautas de comportamiento se generalicen en todos los ambientes.

Pero a nada que se profundice y se vaya más allá de las apariencias, se observará que *en el mundo rural hay un entramado de práctica, relaciones, ideas y símbolos que no son comparables con los de los habitantes urbanos*¹.

Desgraciadamente parece prevalecer la opinión de aquellos que no ven diferencias entre lo rural y lo urbano, entre el pueblo y la ciudad. Esto tiene serias consecuencias.

En el seno de la Iglesia —que refleja lo que ocurre en la sociedad— prevalece esta forma de pensar a juzgar por su práctica pastoral: la iglesia carece de una praxis pastoral propiamente rural. Así lo confirma la III Semana de Teología de Cataluña sobre «Ciutat i ruralia: teologia i pastoral» (celebrada en septiembre de 1998) cuando afirma que «la pastoral rural es una asignatura pendiente» y que a menudo se planea la pastoral rural en la ciudad².

Es fácil constatar cómo se trasladan formas de hacer de la ciudad a lo rural sin tener en cuenta su especificidad. En los organigramas pastorales de nuestras dióce-

¹ GUAR PÉREZ, José, «La crisis del mundo rural aragonés: dificultades y esperanzas», en *Revista Aragonesa de Teología*, nº 2 (1995), pp. 91-100.

² «Problemática del mundo rural: los agentes del cambio en el mundo rural», en *Rev. Aragonesa de Teología*, nº 3 (1996), pp. 79-86.

sis y vicarías se habla de áreas, de grupos, de coordinación entre unos y otros «pensando» que esto es igualmente válido para una parroquia de ocho mil, de cinco mil, de mil, de quinientos o menos de doscientos habitantes.

Se trasvasan los modelos organizativos de una diócesis, de una vicaría, de una Delegación Diocesana a cada parroquia, aunque esta tenga menos de quinientos habitantes. Así cada parroquia tendrá que tener un equipo de liturgia, de Caritas, de catequesis, de pastoral de la salud, de pastoral juvenil, de animación misionera, de animación vocacional, etc. A su vez estos equipos tendrán que abarcar el equipo de lectores, el equipo de animación musical, el equipo de animación litúrgica..., el equipo de atención primaria, el equipo de animación comunitaria rural, el equipo de atención a inmigrantes, el equipo de sensibilización, el director, el coordinador de zona... Quizá puede parecer exagerado pero no lo es cuando se reciben las convocatorias para tal reunión específica.

Esta situación está creando en los agentes pastorales una sensación de malestar porque no se llega a todo; deja mal sabor porque si no se va o se participa en tal acción siempre hay alguien que recuerda que no ha ido nadie de esa parroquia o del Arciprestazgo.

También crea agobio porque «siempre somos los mismos los que tenemos que ir a todo», «los que estamos en todo». Y tiene el peligro de implicar a un gran número de personas en mantener unos «tinglados», en estar ocupados siempre fuera y no tener tiempo para estar y acompañar a las personas.

Tenemos que estar atentos a la observación y denuncia de Medard Kehl cuando al señalar los déficits de la vida eclesial afirma que la mayoría de los agentes pastorales están en el mantenimiento de las estructuras, «tinglados», que no llenan (coordinadoras de coordinadoras para coordinar no se sabe qué, podríamos decir nosotros):

«La proclamación eclesial normal, es a menudo para ellos (los cristianos de las generaciones jóvenes y medias) demasiado superficial, demasiado activa, demasiado poco enraizada en los estratos profundos del alma. En la vida parroquial habitual no se sacia apenas su hambre de autoexperiencia y autoencuentro, de meditación y mística. Casi todas las energías de nuestros colaboradores fijos en las parroquias se emplean en la estructuración parroquial y en la catequesis, muy valiosas ambas, no quedando a menudo tiempo y energías suficientes para la pastoral personal. Se queda corto el diálogo propiamente pastoral, en el cual podamos tratar con calma los miedos y las ansias de cada uno. Nuestra liturgia les resulta a muchos en exceso ritualizada y formalizada, y no es raro que se celebre contra reloj, no quedando tiempo para que surja una atmósfera tranquila, meditativa e incluso solemne»³.

² en «Catalunya Cristiana», 17 de septiembre 1998, p. 7.

³ MEDARD KEHL, *¿A dónde va la Iglesia? Un diagnóstico para nuestro tiempo*, Sal Terrae, Santander 1997, p. 50.

En este mismo sentido JJ Fauconnet denuncia la tentación de muchos sacerdotes de sentirse inútiles, que *«tratan de ser sacerdotes para todos y de insertarse en la pastoral diocesana: tratan de contribuir a ella con muchas realizaciones, pero es raro que ello les aporte muchas satisfacciones personales y algún reconocimiento, ya que son empujados a promover cosas que dejan indiferentes a la mayor parte de los parroquianos»*⁴.

En ocasiones parece que caminamos paralelamente: los agentes de pastoral preocupados, muy preocupados, en unas cuestiones muy nuestras y la gente con otras preocupaciones totalmente distintas, como si fuesen dos mundos, dos realidades que no tuviesen nada que ver. Y ni en la catequesis, ni en la liturgia se produce ese encuentro, esa iluminación, esa profundización que reclama el corazón de las personas.

Todo esto nos está pidiendo en la Iglesia una seria reflexión sobre lo que estamos haciendo y hacia dónde nos conduce. Reflexión «iniciada» en los Congresos *«Evangelización y hombre de hoy»* (1985), *«Parroquia Evangelizadora»* (1988), y en los diversos *Sínodos Diocesanos*. Pero seguimos constatando una distancia entre la teoría y la práctica. Las afirmaciones sobre la necesidad de la evangelización son claras y rotundas, pero la organización de la iglesia, sus estructuras y acciones siguen perpetuando una pastoral de mantenimiento.

El compromiso colectivo de la evangelización, que reclamaba el Congreso de Evangelización, requiere *«una revisión profunda de actitudes y estructuras eclesiales»*⁵.

La compleja situación que está viviendo el mundo rural está reclamando una Pastoral Rural Misionera. Es necesario que todos los agentes pastorales del mundo rural (vicarios, sacerdotes, laicos, religiosos, movimientos...) ayudemos, colaboremos a fraguar una seria Pastoral Rural Misionera que ayude a los diversos agentes pastorales que trabajan en el mundo rural a ir abriendo procesos evangelizadores en los distintos ambientes rurales. Forjar, fraguar una Pastoral, no de gabinete sino en la vida. Para ello hay que reflexionar, elaborar, hacer, revisar.

Este ha sido un objetivo del Movimiento Rural Cristiano en los años 91-93 en los que organizó varios cursillos de Pastoral Rural Misionera con la intención de «ayudar a Fragar una Pastoral Rural Misionera con unas opciones, unos objetivos marcados, una pedagogía evangelizadora... que inicie procesos, cree materiales de trabajo, viabilice nuevos espacios evangelizadores, haga militantes... de forma que vaya configurando un laicado adulto comprometido desde la fe en las diversas realidades de los pueblos del mundo rural»⁶. Y sigue siendo una de sus aportaciones a la Iglesia en este momento.

⁴ FAUCONNET, J.J., en *Prêtres Diocésains*, 1348, de abril de 1997.

⁵ Congreso «Evangelización y hombre de hoy». Documento final. Edit. de la Conferencia Episcopal Española, Madrid, 1986, p.543.

⁶ «Pastoral Rural Misionera», publicación del Movimiento Rural Cristiano, 1992.

Con el fin de contribuir a esa reflexión, que debemos hacer entre todos, quiero señalar unas actitudes que son fundamentales si queremos trabajar en esta línea de Pastoral Rural.

1. Optar por el mundo rural

Una de las primeras características de esta Pastoral Rural Misionera es *que sus agentes pastorales amen a su pueblo, se inserten en su pueblo, opten por su pueblo*. Dificilmente se puede trabajar en un proyecto pastoral si no se cree en él, si no se quiere, si no se ama a las gentes a las que se dirige. Es muy difícil iniciar una pastoral rural si no se da una clara opción por lo rural.

Desgraciadamente esto no se da en muchos agentes pastorales. Algunos van al pueblo de paso (por unos meses, por un año...): «Como no voy a estar el próximo curso...». Otros siguen teniendo sus modelos de referencia, sus comunidades, sus grupos, en la ciudad, porque «en el pueblo no se puede hacer nada», «se aburren y necesitan ir a la ciudad» (en ocasiones esto es una bonita excusa para no estar en ninguno de los dos sitios ni aquí, ni allí, aunque siempre intentando dar la impresión de vivir muy ocupados). Los antiguos padres espirituales alertaban contra la *acedia*, aquella «dolencia» que lleva a creer que en otro lugar se estará mejor.

Por el mero hecho de encontrarse en el mundo rural, o por haber nacido allí, o porque así han venido las cosas, no implica que haya una opción. La atención a este mundo rural pide algo más que una simple presencia en él, pues hay presencias que, en realidad, son lejanía, indiferencia, resignación, mal menor, y hasta amargura y hostilidad.

El agente de pastoral tiene que encarnarse, entrañarse en su pueblo hasta que sienta, sufra y goce con lo que siente, sufre y goza el pueblo. Es la actitud, el camino que señalaba el Concilio Vaticano II cuando afirmaba: *«los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren, son a la vez gozos y esperanzas, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo»* (G.S. 1).

Es la ley central de la revelación cristiana representada en la economía de la encarnación. Dios entra en la historia y la asume, se hace carne en un pueblo concreto, en un lugar y en una época concreta, «pasando como uno de tantos».

Optar es preferir, es asumir todo el mundo rural, amarlo, conocerlo cada vez más, para amarlo y servirlo cada vez mejor. Optar por el mundo rural significa optar por ser y vivir en el pueblo, como un ciudadano más, como casado con este pueblo y esta tierra, con lo que conlleva de amor y presencia activa.

Esta opción es la que va creando conciencia de pueblo, va creando lazos de solidaridad con las personas con las que se convive hasta correr la misma suerte (Ex. 32,11-14; 31-32).

⁷ Congreso «Evangelización y hombre de hoy», 1985.

En esta línea se situaba el Congreso de Evangelización cuando en sus conclusiones afirmaba:

- 1ª. *«Al contemplar al hombre rural: trabajador sufrido, amante de la tierra, contemplativo de su vida y su trabajo, acogedor y hospitalario, desconfiado y abatido muchas veces, de rica sabiduría popular y sencillos conocimientos, de una religiosidad fuerte popular, devocional y costumbrista, en una incertidumbre humana y económica cada vez mayor, tenemos la suerte de ofrecer y compartir con este pueblo el Evangelio de Jesús y renovamos y alentamos esta opción por el mundo rural. Opción que necesita ser sostenida y alentada por el obispo y animadores de cada diócesis.*
- 2ª. *Esta opción apostólica nos pide a todos los evangelizadores del mundo rural saber vivir con el pueblo y caminar con él, en una encarnación gozosa, vivida desde el Señor, de entrega generosa y gratuita, en pobreza y sencillez de vida. Encarnación que necesita alimentarse en una honda experiencia de contemplación» (Congreso Evangelización, 1985).*

La opción sigue al ver, al conocer: «he visto la opresión de mi pueblo y he decidido bajar a liberarlo» (Ex. 3,7ss); «he visto al mundo rural y he decidido ir, estar, compartir sus luchas, sus esperanzas». La opción es consecuencia del amor; el que ama, opta. La pastoral del mundo rural —como todas las pastorales— brota del amor al pueblo al que han contemplado.

2. Aprender a mirar al pueblo

Una de las dificultades con las que se encuentra el evangelizador que opta por el pueblo es el empezar a hacer sin haber averiguado la tierra que se pisa. Es decir, se encuentra con que hay que poner en marcha la catequesis, la liturgia... («la pastoral de funciones»). Y ocupados en seguida por las «funciones», ya no hay tiempo material ni tiempo psicológico para ir averiguando la historia, la verdadera alma de ese pueblo y el «bocado proporcionado» que para su alimento necesita.

Para no caer en este peligro de empezar a hacer sin haber averiguado la tierra que se pisa es preciso *aprender a mirar*, «saber mirar a un pueblo», «descubrir sus reacciones, interpretarlas desde la historia... hacer memoria de su historia... aprender a diferenciar niveles de conciencia, progresos en la fe de los diferentes grupos que exigen luego una respuesta diferenciada... Aprender a recoger, retener y guardar en el corazón»⁸.

«Constatamos que a muchos de nuestros planteamientos pastorales les falta base de conocimiento objetivo de la realidad social y de las motivaciones de los hombres para quienes decimos trabajar. Por ello tenemos que empezar por conocer mejor al hombre de hoy, destinatario de la evangelización. Cono-

⁸ FERNÁNDEZ ALÍ, Felipe, «Cursillo de pastoral rural misionera», Movimiento Rural Cristiano, 1992. p. 10.

cerle compartiendo su vida, sus esperanzas y miedos, pero conocerle también a través de estudios sociológicos y psicológicos, así como a través de las interpretaciones más lúcidas de la sociedad y de la cultura actual»⁹.

Para desarrollar una seria Pastoral Rural Misionera es preciso *conocer* el medio donde vivimos. Necesitamos *estudiarle, analizarle*. Y el análisis tiene que ser serio, lúcido y actualizado. Un análisis socio-cultural-político-económico-religioso.

Este conocimiento, mirada, análisis, es lo que va a estar determinando nuestro ser y nuestro hacer (por eso es muy importante una mirada certera, profunda). Es importante que tomemos esto último en serio: pensamos, proyectamos y actuamos desde el análisis que tenemos.

La pastoral rural exige ver la realidad, no darla por conocida. Para ver, hay que acercarse, pasar tiempo cerca, oír, impregnarse y, tal vez, mancharse, reflexionar y, sobre todo, amar.

Hay que saber pasar de la corteza o lo anecdótico y entrar en el corazón del pueblo, en la cultura propia que vive y de la que vive. Esto conlleva tiempo, no se consigue en dos días. Por eso es necesaria una cierta permanencia en los pueblos.

Al analizar uno no se sitúa fuera, sino que se ve implicado en esa realidad, descubre sus propias contradicciones, y desde esa implicación trata de ver las causas y consecuencias. No es un mirar superficial, ni de curioso, sino de persona que mira profundamente: no se queda en echar las culpas a la gente, que si es egoísta, incul-ta, pasota,... sino que ve que detrás de esas cosas vistas hay unos tinglados de economía, de política, de educación (las estructuras sociales), que tienen una influencia tremenda en los hechos analizados.

Este proceso de análisis va desvelando lo que es (análisis), lo que debe ser según nuestras convicciones (objetivos), y desde aquí surge la pregunta: ¿qué podemos hacer?

Podemos constatar que en los últimos años hemos avanzado mucho en la programación pastoral. En todas las áreas, en todos los movimientos, en todas las parroquias y vicarías se programa. Pero cabe hacernos la pregunta *¿esas programaciones responden a los planteamientos de un análisis previo o son simplemente acomodaciones de directrices que vienen de fuera? ¿Las acciones que se proponen surgen como respuesta a un problema detectado o propuesta para conseguir un objetivo, o más bien llegan y se imponen desde fuera?*

Los agentes de pastoral rural tenemos que aprender a mirar como Jesús que descubre la necesidad de las personas (Mc 8,1-8), que va más allá de las necesidades que aparecen a primera vista (Mc 2,1-12). Para ello *debemos iniciarnos en el análisis de la realidad* y, como dice Jon Sobrino, «*despertar de un sueño para con ojos nuevos ver la verdad de la realidad; para con ojos nuevos ver la verdad de los seres*

⁹ Congreso «Evangelización y hombre de hoy», 1985, conclusión 2ª de las cuatro ponencias del congreso).

humanos; para con ojos nuevos ver la verdad de Dios. Y es la contemplación de la realidad la que provoca la reacción de la misericordia»¹⁰.

3. Aprender a mirar como Jesús

La presencia de Jesús entre los hombres y mujeres tiene que ser modelo de nuestra presencia. Jesús está realmente presente entre la gente, siempre cercano a las personas. Se interesa por la vida de los hombres y mujeres. Mira, escucha, atiende, abre su corazón. Su presencia es real, afectiva y efectiva. No se desentiende. Su mirada no es superficial, sino penetrante, llega a la interioridad de la mente y del corazón. Le interesa la persona entera, el hombre y la mujer.

No sólo está presente, interesado y atento, sino que también actúa. Asume todas las legítimas aspiraciones de la gente. Cuando ve en ellas algún desvío las purifica y las ensancha; cuando observa algún error, lo rectifica. Así, con frecuencia dice: «no sea así entre vosotros», «pero yo os digo» (Mt 5-7).

A partir de estas legítimas aspiraciones, Jesús va abriendo nuevos horizontes, más amplios. Habla de vida, y va llevando hasta desear la vida eterna; habla de gozo, pero invita al gozo pleno.

Los movimientos de Acción Católica llamamos a esto Lectura Creyente de la Realidad. Es decir, ahondamos la mirada del análisis para contemplar el misterio de Dios presente en las personas, en la vida de nuestros pueblos, en los acontecimientos de la vida.

Es el momento de profundizar en nuestro análisis o mirada al pueblo para leer qué hay de Dios (como afirmación o negación) en todo eso que estamos descubriendo. Es momento de acoger, contemplar, escuchar... al Señor que está ahí presente, que nos llama a ir más allá, que nos invita a valorar y ver desde los ojos o con los ojos de Dios.

La contemplación de la realidad, lectura creyente, implica:

- a) Escuchar y auscultar a un pueblo para percibir su alma y su corazón, es decir, su conciencia personal y colectiva. Esto supone: estar atentos y vigilantes ante todas las expresiones de ese pueblo; informarse lo más acabadamente posible para conocerlo.
- b) Comprender la realidad, los acontecimientos, tal cual ellos son, con la máxima objetividad posible, sin falsificarlos. Esto exige: analizar la realidad pacientemente en sus diversos componentes, sin presumir conocerla previamente, con la humildad de quien sabe que siempre se pueden alcanzar niveles más profundos de comprensión; penetrar el significado que esa realidad tiene para ese pueblo en esa situación.

¹⁰ JON SOBRINO, *Principio misericordia*, Sal Terrae, Santander 1992, pp 11-28.

- c) Interpretar esa misma realidad desde la luz de la fe, es decir, comprenderla: desde el amor y la misericordia de Dios, con el amor de Cristo, con la luz y la fuerza del Espíritu.
- d) Juzgar y valorar la realidad de ese pueblo, no desde la actitud de un juez, sino de Cristo, para discernir qué es o tiende a ser conforme al Espíritu de Dios el espíritu del mal. Discernimiento que implica: conciencia de que no existe realidad alguna completamente mala o buena sino que es ambivalente; conciencia de que nosotros mismos llevamos los signos de esa ambivalencia y somos partícipes de la debilidad humana y necesitados de perdón. Al mismo tiempo implica: lucidez y fortaleza para manifestar lo que es de Dios o lo que está contra Él; para llamar a la conversión; para obedecer a Dios que habla en la historia¹¹.

También esto tenemos que cultivarlo los agentes de pastoral. Cuando se cultiva esta clave de la lectura creyente de la realidad se va creciendo en una espiritualidad propia del pastor: la caridad pastoral (dimensión que tendríamos que profundizar mucho más, no sólo los movimientos, sino todos los agentes pastorales —que no somos ni monjes, ni religiosos—).

4. Diseñar el proyecto pastoral

Desde la opción por ser y vivir lo rural, desde la mirada al pueblo (análisis), desde la contemplación del pueblo (lectura creyente), que se realiza en equipo, en grupo (no individualmente), hay que pasar al momento importante de *diseñar el proyecto pastoral*.

El proyecto pastoral debe ser hecho en común, no sólo formulado en común. Debe ser pensado en común, en este pueblo y en esta tierra, en estas comunidades, en esta parroquia. Esto significa que hay que contar con las posibilidades reales en fidelidad al Señor y a los hombres.

Mediante el proyecto pastoral la parroquia, el movimiento, el arciprestazgo, individualiza las urgencias, las posibilidades, las prioridades y las líneas de acción con las que ella trata de anunciar el Evangelio en cada situación de la vida.

El proyecto de cada parroquia (o del arciprestazgo) debe interpretar las necesidades de la parroquia, prever las cualidades y número de las personas necesarias, elegir metas posibles, privilegiar los objetivos urgentes, disponerse a la revisión anual del camino analizado, mantener la memoria de los pasos dados. Es un punto de referencia objetivo para todos, sacerdotes y laicos, y para todos los grupos existentes en la parroquia.

Debe tener presente la historia del pueblo y de la parroquia, sus condiciones, su contexto socio-cultural y espiritual. El punto de partida debe ser el análisis de la

¹¹ AA.VV. *De masa a pueblo de Dios*, PPC, Madrid 1982, pp 213-225.